mó un aire de benevolencia, á excepcion de Madama, que no pudo disimular su mal humor. Sinembargo, como el Rey continuase siempre amable con ella, se persuadió, que solo la compasion habia producido, en favor de la Duquesa, este movimiento de interés, tan vivo y notable; pero conservó contra ella una especie de rencor; mas sin temer, ni recelar la menor rivalidad.

La Reina Madre solia hacer loterias de alhajas, cuyos billetes repartia entre las personas de la familia real y sus favoritos. Un dia que su córte fué muy numerosa, y la Duquesa se hallaba allí en la comitiva de Madama, se hizo una de estas loterias, y el Rey ganó la primera, que eran unos magníficos brazaletes de diamantes: todo el mundo elogió su hermosura; y Madama particularmente lo hizo con gran exceso; mas ¡cuanto aumentarán de valor cuando sean obsequiados! Y ¿á quien los ofrecerá Luis? La Reina los desea; pero sin esperanza. Madama se creé segura de obtenerlos. Cada uno admirándolos dice, que no tienen precio. Aun no, contesta Madama; pero le tendrán luego. El Rey tomó el cofrecito que estaba sobre una mesa, busca con los ojos á aquella, que jamás heria con

la vista, y siempre era necesario descubrirla con cuidado: atraviesa la cámara, no solo sin embarazo, sino con un aire de triunfo: ¡tal es la altivéz y la audácia que adquiere quien trata de vengar lo que ama!.... Se acerca Luis á la Duquesa, le presenta los brazaletes, acompañando á esta accion, no el donaire de la galantería, sino toda la expresion del respeto, y toda la dignidad de una accion con que se honra á sí mismo. Jamás se tributó homenage mas brillante con tan noble franqueza. Jamás se vió el semblante de Luis mas tranquilo ni mas magestuoso. La Duquesa sobresaltada, penetrada de sentimiento, llena de inquietud, de temor y reconocimiento, creyó que el Rey solamente le mostraba estos soberbios brazaletes, y en voz baja le contestó, son bellísimos, devolviendolos.—Aceptadlos, Señorita, replicó S. M.; os los ofrece la estimacion mas bien fundada, y mejor conocida. La Duquesa no respondió, sino con una profunda inclinacion; estaba cuasi desfallecida. En el momento se fué el Rey á su lugar, y ella se dió prisa á guardar los brazaletes en su bolsa de labor, tomando el último puesto entre las personas que la rodeaban. La admiracion general fué extrema, y el despecho de Madama tan

violento, que no pudo contenerse de manifestar al Rey una acritud que todos conocieron, aunque trató de disfrazarla con tono de alegría; pero sus chanzas tenian tanto de forzado, é iban mezcladas de una ironia tan amarga, que era imposible no conocer claramente lo que experimentaba. El Rey no opuso á sus epigrámas sino una sangre fria, inalterable, con cierto aire de distraccion, y un completo descuido, que condujo á Madama al colmo de su cólera: muchas veces estuvo en el borde de representar una escena ridícula: veia que se le miraba con sorpresa; que muchas personas la examinaban con malignidad, penetraban su zelo, y se gozaban de su agitacion: conocia que todo lo que hablaba, era sin medida y naturalidad: se creyó hacer un papel enteramente diverso del que hasta entonces habia representado. Humillada á los ojos de toda la córte, perdida para siempre en el concepto del Rey, le juró un ódio irreconciliable á la Duquesa. Una causa tan frívola exasperó y desnaturalizó de este modo el carácter mas amable. Las pasiones siempre nos ciegan; pero no siempre nos pervierten: mas la excesiva vanidad limita el espíritu, abate el alma, y la despoja de todos los sentimientos equi-

tativos y generosos. ¡Cuan sublime es aquella moral inflexible, que pronuncia tan terrible anatéma sobre el orgullo, y nos enseña, que la fuente de la razon, de la justicia y demás virtudes, no se encontrará jamás por un ser imperfecto, variable y frágil, sino en la imparcial y dulce humildad!

Al dia siguiente fué el Rey, segun costumbre, al cuarto de Madama. Su aspecto era lleno de sencilléz, y un aire de serenidad; mas solo le manifestó respetos de política, tan sin afectacion, como sin embarazo: toda la noche se ocupó de la Duquesa, con lo cual no quedaron dudas acerca de sus sentimientos. Desde este momento se formaron dos partidos en la córte: uno contra la Duquesa, compuesto de toda la sociedad íntima de Madama; y el otro en su favor, formado de los que se interesaban por ella, de los que no querian á Madama, ó aborrecian á sus favoritos. Los príncipes tienen grande interés en no admitir para su sociedad íntima, sino aquellas personas que gozan de la benevolencia general; porque el aborrecimiento que inspiran sus amigos, recae sobre ellos. Los de Madama no procuraron moderar su humor: estaban poseidos de rábia al considerar,

que la Princesa, á quien gobernaban, perdia el ascendiente que habia tenido hasta entonces sobre el Rey, pues no podian ya engañarse en sus sentimientos. ¡Todo anunciaba una grande pasion, y la primera que habia experimentado! En fin, nadie se atrevia á acusar de coqueta á la Duquesa: su modestia, su extremada reserva, jamás se desmentian. Su conducta era irreprensible: se conocia que amaba; pero que resistia á su inclinacion, y evitaba cuanto pudiera dar al Rey la menor esperanza: era imposible interpretar malignamente sus acciones. Se calumnió su caracter: se afirmaba, que esta persona tan amable, tan modesta, tan sincera, era profundamente artificiosa y llena de ambicion. Se le suponian todos los designios que otras habrian tenido en su lugar; y pintando un retrato imaginario, se retrataban á sí mismas. Ultimamente, desenfrenandose la mordacidad de sus enemigos contra ella, hacian la sátira de sí mismos. Cada discurso aumentaba el enojo y confusion de Madama: lo presente le esclarecia lo pasado. Era evidente que ya el Rey amaba á la Duquesa muchos meses; se venian á la memoria una multitud de circunstancias, que no dejaban duda alguna. Desde esta época todas las fiestas dadas por el Rey,

habian sido homenages tributados á la Duquesa; y Madama, sin haber obtenido de la amistad del Rey la confidencia de este amor, habia servido de pretesto para favorecerlo, y ocultarlo á los demás. El Rey, sin ningun reparo, la habia engañado, y hecho representar un papel ridículo: ¿qué muger dominada por la vanidad, puede perdonar semejantes agravios?

Madama era incapaz de disimulo; pero sus amigos la empeñaron á contenerse, á tratar medianamente á la Duquesa, y recibir al Rey sin enfado. Con dañada intencion, ácia la Duquesa, imaginó Madama dar bailes en su cuarto: aquella nunca bailaba; y toda la sociedad de Madama se reunia para hacer valer los atractivos de la Señorita de Pons, la mas bella danzarina de la córte. El Rey bailó con ella muchas veces, y al parecer no fué indiferente á sus gracias; se notó que la Duquesa se turbaba y ponia pálida. Una noche, á la mitad del baile, se desapareció y el Rey, despues de haber bailado una contradanza con la Señorita de Pons, se sentó á su lado, le hablaba en voz baja y con vivacidad. Se consiguió el triunfo. Madama tuvo la crueldad de enviar á llamar á la Duquesa: vino con los ojos encarnados, y el aire mas abatido: el

Rey la miró, se conmueve, y se separa de la Señorita de Pons. Los dias siguientes no se volvió á acercar á esta ni á bailar. Se perdió la esperanza que se habia concebido con tanto gozo.

La pasion de Luis, cada dia se hacia mas peligrosa para la Duquesa; porque aplicaba á ella toda la rectitud y altivéz de su carácter. Solicitó de nuevo una cita, no en el cuarto de la Duquesa, sino en el de la Señorita de Artigni, y á presencia suya. Se le rehusa; pero se vacila al mismo tiempo. En fin, se consiente, y se le promete, para el tercer dia. La víspera de este recibió la Duquesa un billete de la Condesa de Themine, datado en París, que le causó la mas viva alteracion: esta amiga fiel acababa de llegar de su Provincia, le anunciaba su visita, y avisaba que su correo solo debia precederla una hora. Seis semánas hacia que la Duquesa le habia escrito, llamándola en su socorro; y no obstante, la idea de volverla á ver, le causaba el mas penoso embarazo: conoció con horror cuan cambiado estaba su corazon, pues que temia los consejos de la virtud.... Sin embargo, no estaban alterados sus principios: ella era arrastrada, sin ser seducida:

tenia el mismo horror al vicio, y solo se engañaba sobre las intenciones del Rey: las creía siempre puras; no concebia que fuese posible tener el proyecto de corromperla, mostrandole tanta estimacion: á pesar de esto, conocia muy bien que necesitaba una mano valerosa y caritativa, que la sostuviese en la senda tan lúbrica que estaba empeñada. Madama de Themine llegó; la Duquesa la vió con un sobresalto inexplicable: su sola presencia fué para ella una luz. Desde este instante, juzgó sin ilusion, todo lo que tenia que decirle, y previó, sin engañarse, todo lo que pensaria en el particular: experimentó un desaliento que le quitó hasta el deseo de paliar ó excusar sus faltas: ella conocia, que se le iba á proponer un sacrificio cruel, y aun así no tuvo un momento la idea de resistir la voz poderosa del honor y la amistad: se sometió de antemano; pero con desesperacion. Hizo una breve recitacion, muy sincera, de todo lo que habia sufrido. Lejos de procurar disfrazar sus sentimientos, los describia tales, como hasta entonces no se habia atrevido á confesarlos á sí misma. Hallaba una especie de consuelo en despreciar así la severidad de que iba á ser víctima. Ella no lloraba, estaba pálida, opri-

mida; pero se expresaba con un tono firme y sério. Madama de Themine la escuchaba, mirandola con tanta sorpresa como dolor. Cuando acabó de hablar, dijo Madama de Themine: y bien, en un peligro tan inminente ¿qué pretendeis hacer?—Lo que me prescribais. Subyugada por una pasion criminal, no soy capáz de conducirme á mí misma.—Es preciso huirla.—Yo le encuentro en todas partes. ¿A donde no es adorado?—En un convento no oireis hablar de él. Allí es preciso que os retireis por algun tiempo.—Para siempre: consiento en ello.— No, yo no os propongo partidos extremos. Partamos para Chaillot, donde habeis estado ya; desde allí pedireis á Madama vuestra dimision por escrito: hecho esto, partirémos para Turena; allí restaurareis la tranquilidad, y dentro de un año colmareis los votos del hombre apreciable que vuestra virtuosa madre os dió por esposo.—¿Quien, yo? ¿Engañar á un hombre de bien: unirme á él con un corazon manchado por una pasion culpable?—Vencereis con el tiempo esta desgraciada inclinacion.—No, jamás triunfaré de ella.—Así lo creis; y es un error. Pensais tambien que el rango del Rey no agrega cosa alguna á vuestros sentimientos; y aunque carescais de ambicion, os engañais. ¿Podrá verse sin desvanecimiento el objeto que se ama cuasi deificado? Si Luis XIV. no estuviera en el trono, no le amariais, ni tan apasionadamente, ni con tanto peligro. Venid, mi amiga; dejad esas ilusiones que os rodean; vos estais pura aún: la felicidad volverá á vos.—La felicidad!—Ah! jamás.—Es preciso partir mañana antes de amanecer.—Mañana! si he prometido al Rey verle por la noche.—Esa misma promesa imprudente es la que debe hacer precipitar vuestra partida.—Se desesperará.—Le escribireis desde Chaillot: él respetará nuestros motivos, y os estimará siempre. ¡Qué recuerdo le dejareis! Se consolará sin duda, y ninguna muger os remplazará en su corazon.

Esta última idea enterneció á la Duquesa, y reanimó su valor. Sí, dijo, yo no debo titubear: disponed de mí.—Yo voy á dormir á la ciudad, y vendré por vos una hora antes de amanecer.—Sí, yo estaré pronta, y os seguiré. A estas palabras se levanta madama de Themine, abraza á su desgraciada amiga, la tiene largo tiempo estrechada en su seno, y la deja en el estado mas deplorable. Eran las cinco de la tarde: la Duquesa tenia que estar á las ocho de la

noche en el círculo de Madama, y tomó la resolucion de no asistir, so pretesto de hallarse mala; pero se le ocurrió, que el Rey estaria inquieto, y daria algun paso imprudente: por otra parte, queria verle por última vez, y despues de vacilar mucho, se decidió á presentarse en dicha sociedad. Lo hizo así, y todos notaron la mutacion de su semblante: se quejaba de un violento dolor de cabeza, y se mantuvo, segun su costumbre, en el lugar menos visible de la concurrencia. Su corazon se lastimó, al ver entrar al Rey: antes que él la viese, ella le oyó hablar con el tono de la alegría; y la cita que habia entre los dos le traspasó el alma. Meditaba el dolor que él experimentaria el dia siguiente: le parecia que era engañarlo, hacerle traicion, y que por su fuga iba á exponerse á toda su indignacion, y acaso á atraerse su aborrecimiento. Esta alternante consideracion la dejó helada. El Rey, que la buscaba, se acercó á ella, y se llenó de espanto, viendo el estado en que se hallaba: manifestó su inquietud con una sensibilidad que acabó de oprimirla: no quiso tomar las cartas, se sentó á su lado, y la obligó en voz baja á que le confesara qué sentia. Entonces ella le refirió, que acababa de ver á su

única amiga, despues de siete meses de ausencia; que se habian apoderado de su imaginacion recuerdos muy dolorosos, cuya impresion duraba todavia. El Rey imaginó, que estos se referian á su madre; cuya explicacion le pareció sencilla y muy natural, con lo que se tranquilizó enteramente. Lo que la Duquesa sufrió en esta noche es indecible. Ella envidiaba á todo el mundo: todos los que debian quedarse con el Rey eran á sus ojos tan felices....! S. M. no decia una palabra, que no tuviese para ella un sentido particular, y la tocase el corazon. Nunca le pareció mas amable, ni mas digno de ser amado. Al paso que la noche corria, se agotaban sus fuerzas: una ternura insuperable la hacia no poder contener sus lágrimas: principalmente cuando se veia obligada á hablar, le era necesario un esfuerzo prodigioso para devorarlas. Esta horrible opresion, y la certeza de ser observada con malevolencia, ponian el colmo al tormento de su situacion. Cuando el Rey se levantó para despedirse, la abandonó el valor enteramente: miró con estremecimiento la puerta al tiempo de cerrarla, y se dijo: ¡ya no veré abrirse esta puerta!.... Felicidad, esperanza, dulce porvenir, todo acabó para mí!.... Turbacion horrorosa, pe-

sares, arrepentimiento, recuerdos amargos indelebles, hé aquí lo que me resta!.... La Duquesa, puesta en un pié, apoyada contra una columna, se sentia débil queno, nat se atrevia á atravesar la cámara para salir: felizmente estaba cerca de una pequeña puerta escusada; se acercó á ella, y se despareció. Despues de haber atravesado un corredor, cayó desmayada al empezar á subir la escalera que conducia á su habitacion. Algunos minutos despues pasaron dos de sus compañeras, la socorrieron y llevaron á su cuarto (1).

No pudiendo gustar un momento de sueño, omitió acostarse. Eran los últimos dias del Otoño, y á las cinco de la mañana vino Madama de Themine, siendo aun de noche: la Duquesa, sin proferir palabra, se levantó, dió la mano á Madama de Themine, y salió en este mismo instante: atravesaron rápidamente el castillo, montaron en el coche, y partieron. Luego que la Duquesa sintió el movimiento del coche, se deshi-

(1) Las almas insensibles ó corrompidas, se burlan de semejantes sentimientos, ó los atribuyen á ficcion, principalmente en el séxo femenino. La muerte violenta del Marqués de Bragelone, acredita lo contrario, y otros varios sucesos.—*El Traductor.*

zo en llanto. Su amiga no se atrevió á romper el silencio: apretó afectuosamente la mano que tenia entre las suyas; la Duquesa conoció que lloraba, y echándole los brazos al cuello, exclama: ¡ó prudente y virtuosa Eudocia! compadeced una debilidad inexcusable, que sin duda os es imposible de concebir.... Ah! replicó Madama de Themine, yo os admiro tanto, como os compadesco.—Me creis esforzada, y no lo estoy, sino sumisa: pero este dolor que me despedaza, no lo soportaré jamás.—Tal es, tal debe ser la credulidad de esa pasion; ya os lo he dicho, y el tiempo os desengañará.—Jamás. Yo os obedesco; mas sin esperanza de curarme ni poderme consolar.—Escuchad: ¿dentro de dos ó tres años estareis pesarosa de haber hecho el sacrificio doloroso que haceis ahora? No, respondió vivamente la Duquesa, conosco que es imposible arrepentirse de haber seguido su deber. Y bien, replicó madama de Themine, debeis conocer tambien, que la virtud que nos prescribe el sacrificio, ella misma es despues la recompensa; porque si no se encontrára indemnizacion de algun modo, habria lugar al arrepentimiento. Esta reflexion hirió el corazon de la Duquesa. ¡Ay de mí! exclamó: á vos toca, querida Eudocia, sen-

tir todo el poder de la virtud, y creerla suprema; y á mi solo admirarme de no conocerla ya!....

A las ocho de aquella mañana llegaron las dos amigas al convento de Chaillot: encontraron á las religiosas empleadas en una triste ceremonia; hacian los sufragios á una de sus compañeras. La Duquesa se enterneció, cuando tuvo noticia que la difunta era una religiosa de veinte años, que le habia manifestado particular amistad. Concluido el oficio, como el tiempo estaba sereno, se quedó la Duquesa en el cementerio, sentada en el borde de la fuente con su amiga; y mirando el sepulcro de la religiosa que acababan de enterrar, decía: feliz y amable Serafina, ¡qué envidiable es tu suerte! tú no has gustado sino placeres inocentes! ¡no has tenido sino legítimos afectos! ¡tu alma fué tan pura como tu vida: sentimientos culpables, deseos insensatos, pesares vergonzosos no turbarán jamás tu tranquilidad!.... Tú no has temido, no has despreciado mas que el vicio y el error: no has tenido entusiasmo mas que por la eterna verdad! Tu corazon, lleno de una piedad sublime, siempre tranquilo y satisfecho, ha disfrutado de una felicidad suprema: amó, sin inquietud, sin arrepentimiento, y sin medida!.... Ah! para tí fué la sensibilidad un beneficio del cielo! El Creador nos la dá para exaltar la virtud; é inmediatamente que la profanamos, se convierte en nuestro suplicio!.... (1). Diciendo estas palabras, dirigió la vista á la espalda de madama Themine, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se levantó, tomó su brazo, y le propuso pasearse en el cláustro: despues de haber dado algunos pasos se detuvo: ¡ay de mí! dice, con qué amargura recuerdo las reflexiones que este mismo lugar me inspiraba hace siete meses!.... ¡Por qué no cedí al deseo que experimentaba entonces! ¡Por qué abandoné este asilo tan apacible! ¡Qué dulce es fijarse aquí con la inocencia y toda su razon! Pero, ¡qué penoso, refugiarse cargando las pasiones que aquí se reprueban!.... En esta austera soledad todo estaba de acuerdo con mis sentimientos; hoy todo se halla opuesto! Una alma agitada, trastornada, ¡cómo podrá sentir la agradable influen-

(1) ¡Verdad eterna! Por eso los impíos, y los que se abandonan á los placeres, en medio de ellos, y de la mayor grandeza, no gozan la alegría y tranquilidad que el justo, en la austeridad y mayor miseria.—*El Traductor.*

cia del aire tan apacible que aquí se respira! Qué horrible es formar el contraste mas vivo con la paz y la perfecta virtud!.... Al pronunciar la Duquesa estas últimas palabras, se sintió un ruido extraordinario, y muchas religiosas atravesaron el cláustro: todas, cubiertas con sus velos, pasaban como sombras, sin responder á las preguntas de madama Themine. La Duquesa se sobresalta: un presentimiento la reanima; luego la hace temblar: se apoya contra un arco; no se atreve á adivinar lo que será: teme, espera, respira apenas.... El ruido se aumenta.... Luego se oye abrir la gran reja del convento, con cierta ostentacion, que extremeciendose por su extraordinaria altura, causó una especie de sonido lúgubre, que anunciaba la llegada de un obispo, ó de un príncipe; porque jamás se abria sino para semejantes personages. Una involuntaria alegría hizo palpitar el corazon de la Duquesa; y al mismo tiempo la sorpresa, el decaimiento y la inquietud, helaban su sangre, dejándola inmobil. Un grupo de religiosas, con sus velos levantados, se avanza tumultuariamente. Se abre; se dispersa, y descubre á los ojos de la Duquesa atónita al Rey, que se vá ácia ella... ¡O mi amiga, exclama, echan-

dose en los brazos de madama de Themine, salvadme! Al punto, por un movimiento involuntario y súbito, toma la fuga; cae en el cementerio al pie de una cruz de fierro, colocada entre una espesura de yerbas al lado de la fuente. Madama de Themine, turbada, no se atreve á seguirla; pero incapaz de abandonarla, se quedó en pie. á veinte pasos, debajo de un arco; y poniéndose de su parte, la mira fijamente. El Rey corre ácia la Duquesa. ¿Qué temeis? le dice, tomando una de sus trémulas manos. Hay aquí otro infortunado, otro suplicante que yo?.... Pero no; yo no debo imploraros, debo quejarme y pediros justicia contra vos misma. ¿He merecido este tratamiento bárbaro? ¿Por qué huír? ¿Por qué reducis á la desesperacion, á quien os ha mostrado constantemente tanto respeto? ¿Qué teneis que reprenderme, que pueda autorizar esta fuga ultrajante? ¿Qué os hé pedido, qué he emprendido, qué he obtenido? ¿Qué mas hariais, si tuvieseis que reprimir designios temerarios, ó vengaros de una audácia injuriosa! No: vos no sois capáz de tal exceso de ingratitud: habeis sido conducida aquí contra vuestra voluntad. No: vos no quereís abandonarme; venid. Hablando de esta manera, Luis la tiró del

brazo: ella se resiste, se defiende, y se abraza fuertemente de la cruz: en este movimiento se le deshizo el peinado, cayendo sus hermosos y largos cabellos sobre la espalda: su violenta conmocion daba á su semblante un brillo sobrenatural; su actitud, y la expresion de su fisonomia, tenian un no sé qué de sublime, que jamás habia parecido tan bella á los ojos de Luis. El intenta levantarla dulcemente; la Duquesa mira á su amiga, y la llama con un acento que despedaza el corazon: madama de Themine corre á ella; el Rey se vuelve, y le lanza una mirada terrible; madama de Themine baja los ojos, pero se avanza con valor. Venid, dice el Rey á la Duquesa; un coche nos aguarda: diferir mas, es hacer una escena ruidosa; venid. ¡Qué! Señor, dijo madama de Themine, ¡una Señorita ir con V. M. á solas en un coche!.... El Rey segunda vez mira con profunda indignacion á esta jóven desconocida, que osaba oponerse á su voluntad: esta mirada colérica que exprimia toda la fiereza del Rey, no pudo turbar á madama de Themine, que habia tenido hasta entonces la vista baja; su continente era respetuoso, modesto, pero firme; anunciaba la inflexibilidad de su carácter. Despues de un momento de silen-

cio, tomando Luis la palabra, le dijo: Bien, Madama, venid vos con ella á S. German. No Señor, respondió: yo daría mi sangre, si fuera necesario, porque no volviera allí: yo la seguiré, si V. M. lo ordena; pero jamás la conduciré voluntariamente... Pues vendrá sola conmigo, replicó el Rey vivamente; y si este paso es irregular, tomo sobre mí el cuidado de justificarla... No, no, contestó la Duquesa, siempre defendiéndose. Esta prolongada resistencia, y, sobre todo, la presencia de madama de Themine, pusieron al Rey en el último extremo. Vosotras quereis, exclamó, obligarme á que obre como un tirano, con una voz temible; pues lo conseguireis.... Su tono amenazador hizo extremecer á la Duquesa; pero, indignandose, redobló su fuerza; su corazon se oprimió, se estancaron sus lágrimas, y sus brazos se envararon: no me arrancarán de aquí, exclama, asiéndose estrechamente á la cruz que tenia abrazada. El Rey estaba tan sorprendido como asustado, de esta vehemencia que por primera vez veía en ella; y lo conmovió tanto mas, cuanto su figura angelical expresaba al mismo tiempo el mas doloroso terror. Ah! sosegaos, la dice, poniéndose de rodillas delante de ella: ¿podría dejar de ser generoso, el que os

ama?....¿Y vos no tendreis compasion, cuando lo pasado os responde de mí; y me basta la felicidad de veros?.... ¿Cuando os renuevo el juramento de respetar para siempre vuestros principios, renunciareis al amigo desgraciado que no podrá vivir sin vos? (1) ¿De qué me sirve el poder que me ha dado la suerte, si no alcanza nada sobre vuestro corazon? ¿Qué me importa la gloria si os pierdo?.... Venid á reanimar esta alma abatida, á excitar la emulacion y el sentimiento de mis deberes; nada puedo sin vos, ¿y podré cerca de vos dejar de reinar sin explendor? Vuestra sola presencia me dará el entusiasmo por la virtud: todo me dará, en una palabra, hasta el valor para moderar esta inclinacion que os horroriza. Este lenguaje seductor hizo mucha impresion en el corazon y el espíritu de la Duquesa. Este monarca tan altivo, tan magestuoso, estaba rendido á sus pies suplicante, y sus ojos bañados de lágrimas. La Duquesa se quedó pálida, se ablandaron sus brazos, y se desacieron de la cruz: el Rey apro-

(1) ¡Insensato el que fia de sí, poseido de una pasion! Si confia en sus fuerzas es un error; si en las de la gracia, sin poner los medios de su parte, insulta á la Divinidad.—*El Traductor.*

vechó este instante, la levanta, y la lleva. Infortunada! exclama madama de Themine. Luis precipita su marcha: la Duquesa entre gemidos, desvanecida, y apenas pudiendo sostenerse, se entrega, no como una amante apasionada, sino dejándose conducir como una víctima. Ella recobró su espíritu al acercarse á la puerta; pero fué para experimentar un profundo sentimiento de confusion y vergüenza, viendo á las religiosas consternadas, cubiertas con sus largos velos, y bajos los ojos como para no verla. ¡Gran Dios! exclamó: ¿Es posible que yo haya venido á este respetable asilo, solo para profanarle? Se abrió la puerta: se cerró al punto. Habia en el pátio un coche tirado de seis briosos caballos: sube Luis con ella, y parten en el momento. El Rey le renueva sus juramentos de una sumision sin límites; tuvo la delicadeza de no hablarle de su amor, y sí de su respeto, de su admiracion, y de su reconocimiento. La Duquesa, por entregarse al encanto de oírlo, se persuadió fácilmente que hablaba de buena fé, y que en lo succesivo no exigiría de ella sino la confianza de una íntima amistad. Luego que se calmó un poco, le preguntó, cómo habia sabido su fuga; y el Rey le contó: que dando audiencia á los embajadores

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FRANCISCO REYES"
MONTERREY, MEXICO

de España, habia oído pronunciar su nombre con un aire misterioso al Duque de Saint-Aignan, y al Marqués de Sourdis, que estaban en una ventana: que entonces recordó S. M. el estado en que la víspera la habia visto, y acercándose al Duque de Saint-Aignan le preguntó sobre lo que conversaba, y al oír que la Señorita la Valliere habia salido para el convento de Chaillot, donde pensaba encerrarse, precipitadamente dejó los embajadores, por ir á pedir un coche; y no permitiéndole su agitacion esperarlo, habia bajado á las caballerizas, ensillado él mismo un caballo, á fin de partir sin dilacion, ordenando á los criados venir á Chaillot á encontrarle (1). El Rey agregó, que sus sentimientos nada tenian de criminales; y que siendo tan perfecta la conducta de la Duquesa, no habia tampoco que disimular: que él publicaría la verdad claramente, diría que la Duquesa habia dejado la córte sin su consentimiento, con el designio de no volver, y que S. M. habia hecho todo lo sucedido, por restituir allí una persona digna de su estimacion, que poseía toda su confianza; que él habia tenido mucho trabajo en persuadirla á

(1) Relacion completamente histórica.

que volviese; y que el sacrificio que la Duquesa le habia hecho de su resolucion y proyectos, lo unia mas á ella por los vínculos del reconocimiento.

Efectivamente, apenas llegó S. M. á Venailles, fué al cuarto de la Reina Madre, y le habló como habia anunciado. En verdad, le contestó la Reina, despues de haberle escuchado atentatamente, que no sois dueño de vos mismo. Al menos, replicó S. M., yo haré ver que lo soy de los que me ultrajan (1). Queria designar á Madama, y la condesa de Soissons, quienes no podian disfrazar su ódio á la Duquesa. Los demás enemigos de ella se habian guardado muy bien de mostrar tales sentimientos, y aun el conde de Guiche y el marqués de Vardes, á pesar de su intimidad con Madama y la condesa de Soissons, se conducian con tanta destreza y falácia, que el Rey estaba persuadido de su benevolencia ácia la Duquesa, y los trataba siempre con el mismo favor. Habló tambien S. M. á la Reina de la fuga de la Duquesa, atribuyéndola á los caprichos y enemistad de Madama. La Reina, ó por prudencia, ó por

(1) Propias palabras de la Reina Madre y el Rey.

credulidad, no manifestó recelo alguno; trató á la Duquesa mejor que antes: desde este momento la recibió en su cámara interior, sin que concurriese con Madama en su comitiva; distincion que á ninguna otra camarista hizo. En fin, el Rey tuvo una conversacion sobre el mismo asunto con Madama: comenzó por un tono de confianza, diciéndole, que tenia la mas tierna inclinacion á la Duquesa; haciendo un elogio de su virtud y su carácter: Madama se sonrió desdeñosamente, y respondió con altanería: que no debia recibir semejante confidencia, ni favorecer una intriga de este género. Agregó, que solo la autoridad del Rey podia conservar á la Duquesa su plaza cerca de ella; pero que no mirándola en lo succesivo como una persona de su familia, no la llevaría en su comitiva, ni la admitiria en su sociedad íntima; y le sería permitido entrar solamente los dias que recibia á todo el que se presentaba en su cuarto (1). Yo quiero, replicó el Rey con frialdad, que la Señorita de la Valliere conserve una plaza que honra; por lo demás, Madama, yo no os prescribo nada. La ve-

(1) Se ha dulcificado mucho la respuesta de Madama. No se pueden repetir aquí sus propias expresiones, sin alguna impresion que cause disgusto.

ré en su cuarto sin misterio, ó en los de las reinas, que la recibirán con la consideracion que se debe á una persona de conducta irreprensible, á quien respeto tanto como la amo. A estas palabras se levantó S. M., dejó á Madama, y se apoderó de ella la mas violenta agitacion, y una cólera que pasó hasta el furor. El conde de Guiche estaba ausente por quince dias; Madama no podia consultar sino con la condesa de Soissons, quien le dió consejos violentos, que ella estaba muy dispuesta á seguir. Mandó llamar á la Duquesa para imponerla de todo lo que le habia dicho el Rey; pero lo ejecutó con las expresiones mas despreciables, indicando una opinion injuriosa á la conducta de la Duquesa. Esta, en las circunstancias ordinarias de la vida, se intimidaba fácilmente; pero tenia tanta elevacion de alma como modestia. Pura todavía, y sostenida por el testimonio de su conciencia, creyó de su deber no dejarse abatir por este exceso de injusticia. Yo obedeceré al Rey, dijo, en no dejar la plaza que quiere que conserve, felicitándome en que se proporcione modo de darle esta prueba de mi respeto é inclinacion; y cierta, por otra parte, que nada perderé por esto de la dignidad de un carácter, que no tiene